



Entrada Libre

Muerto otra vez. Del libro, cada generación reescribe el epitafio*

Leah Price

HLACE DOS DÉCADAS, el *Book Review* publicó el ensayo “The End of Books” en el que el novelista Robert Coover se preguntaba si los impresos podrían sobrevivir a la era de “video transmisiones, teléfonos celulares, aparatos de fax, redes de computadora, y particularmente en las esferas digitalizadas de *hackers* vanguardistas, ciberpunks y alucinados del hiperespacio”. ¿Estaba el libro “tan muerto como Dios”?¹

La respuesta de Coover era evasiva, pero su metáfora generó miles de panegíricos acerca del libro que conocimos: un conjunto de páginas impresas, producido masivamente con la expectativa de venderlo a extraños anónimos para obtener ganancias monetarias. En ese momento los hipervínculos eran el principal enemigo. El título de Coover hacía un juego de palabras con el pasar de las páginas de un manuscrito que conduce inexorablemente a los lectores de novelas de la página 1 al final. (Ignoraba Coover cuántos volúmenes, como la Sección Amarilla, se diseñan para consultas fortuitas, así como que milenios antes del advenimiento de *Bible.com*, el manuscrito permitió a los primeros cristianos remitir sus Escrituras.)

* Tomado del *New York Times*, 12 de agosto de 2012, traducción de Anna Ribera Carbó.

Ahora los agoreros del fin del libro han llevado sus suspiros del humilde hipervínculo al aparentemente indómito *e-reader*. Este mismo año el *Pew Research Center* calculó que el porcentaje de estadounidenses que tiene un aparato de lectura electrónica se duplicó en diciembre pasado. Las navidades, que fueron por siglos la mejor temporada de ventas para la industria editorial, se convirtieron en un regalo para las empresas de equipos electrónicos. El año pasado, Amazon anunció que estaba vendiendo más libros electrónicos que impresos.

Sólo hay una lectura posible: la cronológica. Mucho antes de que aparecieran estas tecnologías, la novela de Théophile Gautier, *Madmoiselle de Maupin*, había anunciado que “el periódico está matando al libro, así como el libro mató a la arquitectura”. Esto sucedía en 1835 y Gautier simplemente estaba poniendo al día *Nuestra Señora de París* de Víctor Hugo, que cuatro años antes pintaba a un archidíacono preocupado de que el libro pudiera matar a la catedral y a un librero quejándose de que las novedosas imprentas estaban echando a los escribanos de su trabajo. (La novela transcurre un cuarto de siglo después de la primera Biblia de Gutenberg, cuando una próspera industria del manuscrito por encargo se vio obligada a adaptarse.)

Retrospectivamente, podemos ver lo inusual que es el que una tecnología sustituya a otra. La televisión no eliminó al radio, así como éste no eliminó la lectura. Sin embargo, en 1927 un bibliotecario podía observar que “los defensores pesimistas del libro [...] son propensos a contrastar el proceso activo de la lectura con la pasiva y perezosa contemplación de una pantalla o la audición sin cables, profetizando la muerte del libro”. En 1966, en la revista *Life*, Marshall McLuhan añadió el libro a otras antigüedades: “tendederos, zurcidos en calcetines, libros y empleos [...] todos son obsoletos”.

Cada generación reescribe el epitafio del libro, lo único que cambia es la trama. El culpable para Gautier fue un fenómeno histórico muy real. Gracias a una mayor alfabetización, los diarios abundaron a partir de 1835, siguiendo a la invención de la prensa metálica alrededor de 1800 y, poco después, a la introducción de la impresora de vapor. Los escritores de ciencia ficción señalaron otros villanos aún más fantásticos: grabaciones “fonográficas”, “sermones telefónicos”, “máquinas parlantes” del tipo VCR, “máquinas lectoras con carretes” tipo microfilme y “bobinas para proyectar libros”. Un inventor del siglo XIX bautizó como “máquina de susurros” y “libro mental automático” a algo que parece una mezcla de audiolibro y *walkman*. Los usuarios “colocarían la máquina en el sombrero y los sonidos llegarían a sus oídos mediante cables”. Además



de evitar la vista cansada, estas “máquinas de leer” permitirían “alcanzar de manera simultánea el desarrollo físico y mental”. En lugar de encorvarse sobre sus escritorios, los intelectuales estarían en libertad de moverse, y sus esposas podrían leer mientras lavaran los platos: “el problema de una mayor educación en la mujer se resolvería de manera triunfal.”

En todos estos casos, el futuro sería reconocible por sus paredes sin libreros. En *When the Sleeper Wakes* de H.G. Wells, de 1899, el viajero en el tiempo se despierta en el siglo XXII y al buscar libros solamente encuentra filas de “extraños cilindros dobles”. Al insertarlos en un aparato cuadrado, los rollos proyectaban “una pequeña imagen, de colores vivos, y en la imagen había figuras en movimiento. No sólo se movían, sino que conversaban con voces claras y pequeñas. Era exactamente como la realidad vista a través de un espejo invertido y escuchada por medio de un tubo largo”. Wells apelaba a los ardidés ópticos para magnificar el teatro en vivo mientras que Aldous Huxley se inspiraría, tres décadas más tarde, en las películas sonoras para imaginar los *feelies*: “plástica sintética, súper cantarina, llena de coloridas extravagancias estereoscópicas con un sincronizado acompañamiento olfativo”. ¿Podrían estas nuevas tecnologías transmitir los textos en formas más amigables o desplazarían definitivamente a la escritura y la lectura? En la víspera de la Primera Guerra Mundial, una colección de *Library Jokes and Jottings* apoyaba la primera hipótesis, imaginando un día en la vida de una familia de fines del siglo XX como sigue:

Se oyó un golpe en la puerta principal, y los pequeños de la casa deslizaron la escalera corrediza, anticipando el paquete de libros entregado cada mañana por el servicio aéreo de la biblioteca pública. Regresaron desconsolados; era solamente la leche esterilizada. “Ustedes, jóvenes, no saben lo que es pasar penurias”, les dijo el añoso tío, “cuando yo era un muchacho, allá por 1913, solía levantarme a las 9 de la mañana y caminar toda la calle para sacar un libro de la Biblioteca Carnegie”.

Un siglo y medio antes, el visionario francés Louis-Sébastien Mercier predijo que en el año 2440, los extensos estantes de libros de la Real Biblioteca podrían condensarse en un solo volumen. Como un químico destilando esencias botánicas, Mercier explicaba que los editores del futuro “extraerían la substancia de miles de volúmenes que guardarían en un pequeño duodécimo”, ubicado en una escala entre un iPod y un iPad.

Un siglo y medio antes, el visionario francés Louis-Sébastien Mercier predijo que en el año 2440, los extensos estantes de libros de la Real Biblioteca podrían condensarse en un solo volumen.

La historia le dio la razón a Mercier: el futuro no estaba en la expansión de la información sino en su compactación. En 1961 el escritor fantástico de Polonia, Stanislaw Lem, imaginó estantes de libros comprimidos hasta lo que hoy llamaríamos un *e-reader*. (“Todas mis compras cabían en un bolsillo, aunque debe haber habido alrededor de 300 títulos”). Cuatro años más tarde, Frank Herbert configuró una Biblia del tamaño de un tope para puerta destinado a viajeros del espacio en *Dune*. No se trataba de un videolibro, sino de un libro impreso en papel. Así como los controles de video y los *Palm Pilots*, el libro se mide en función del cuerpo humano: gracias al “sistema magnificador y de carga electrostática”, el volumen ocupa menos espacio que el nudillo de un dedo.

Una corriente de futurología más oscura enfatizó la decadencia política sobre el progreso tecnológico. *Fahrenheit 451* representa la quema de libros como un fin en sí mismo, no sólo como el medio de suprimir la sedición. *1984* empieza con la adquisición de un “libro grueso, tamaño cuarto y en blanco, con un lomo rojo y una cubierta veteadada”, “una posesión comprometedora”. Un año antes de la distopía de Orwell, la revista sensacionalista *Planet Stories* publicó el segundo relato más famoso de Bradbury a propósito de la quema de libros, *Pillar of Fire*. Depositado en el siglo XXIV, su viajero en el tiempo se dirige directamente a la Biblioteca. Incluso en una sociedad que linda con la ficción de horror existen los mostradores con dependientes que te reciben preguntando “¿en qué pueden atenderlo?”.

“Me gustaría ‘tener’ a Edgar Allan Poe’. Este verbo fue cuidadosamente escogido. No dijo ‘leer’. Estaba sumamente asustado de que los libros hubieran desaparecido y de que la impresión misma fuera un arte perdido. Tal vez todos los ‘libros’ estaban ahora completamente delineados en la forma de películas tridimensionales.”

Cualesquiera que fueran los términos del cambio en estas visiones, los lugares en que los libros se leen, adquieren o reciben, se mantienen inalterados. Aún en la novela más cinematográfica *A Clockwork Orange*, el inicio y el final transcurren en la biblioteca pública. Autores previeron viajes en el espacio y en el tiempo, realidades virtuales y, una y otra vez, la muerte del libro. Lo que parece ser que nunca imaginaron fue que también desaparecieran las bibliotecas que contenían esos volúmenes moribundos. Tras un año en el que las sucursales de 2600 bibliotecas acortaron sus horas de servicio, algunos lectores tendrán que caminar mucho más que el largo de una calle. Por mi parte, sigo esperando al avión de la biblioteca pública.

